

Sociología de Puertas, Cerraduras y Llaves

Por CAYETANO BETANCUR

Si el hombre evolucionara según un proceso lógico, desde muy antiguo tiempo se habrían inventado las cosas que apenas ahora nos llenan de sorpresa. Pero las necesidades son más fuertes que el rigor de la lógica. Lo que no obsta que por la urgencia en satisfacerlas llegue muchas veces el hombre tardíamente a encontrar remedios que debieran habersele ocurrido desde un principio.

Esto ocurre con las puertas, cerraduras y llaves. No hablemos de la historia de estos instrumentos, cuyo material posiblemente no se haya preparado todavía. En cambio, sí podemos buscar las etapas de su evolución que corresponderían a las históricas si, como hemos dicho, el hombre no fuera por sobre todo, un ser de necesidades.

Las Puertas

Antes que las puertas, están las divisiones. No muros artificiales, pero sí naturales, separan un espacio de otro. El muro es demasiado alto, y aunque no sea imposible remontarlo, esta operación resulta cada vez fatigante.

Se abre entonces un hueco en el muro. El primitivo pasa a través cómodamente. Pero de la misma manera que él puede atravesarlo, otros harán lo mismo, y si quiere impedirlo, no tendrá más remedio que cerrar de nuevo el hueco, una vez que ha traspuesto los burdos umbrales. He aquí que un acto de egoísmo hace surgir la primera puerta del hombre primitivo.

CAYETANO BETANCUR

Pero esta puerta que él cerraba tras sí para los demás, quedaba también cerrada para él. De nuevo habría que horadar el muro cuando el hombre quisiera retornar al lugar dejado antes. Este repetido esfuerzo debió de parecerle tan penoso como el de remontar el muro, y quizás se inventó una piedra o una pieza de un solo bloque que pudiera girar fácilmente. Tal vez la cubriera cuidadosamente para que los demás no pudieran usar su invento. En esta forma el hombre, a su primordial egoísmo, añadió el refinamiento de defenderlo con armas positivas: su egoísmo no le impedirá ahora traspasar el muro por el hueco abierto temiendo que los demás lo sigan, sino que podrá defender ese placer o ese interés suyo en el más allá de la muralla, con el acto positivo de procurárselo para él sólo y de impedir que los demás lo imiten.

Ese bloque de una sola pieza que el primitivo encontró, posiblemente no debió girar en un principio sino sobre su base. Era difícil que girara desde la parte superior, a menos que estuviera sostenido con algo. Sin esto tampoco podía girar desde uno de los lados. Tal vez creyó necesario, a poco de descubrir el bloque giratorio, fijarlo permanentemente de modo que en el ajetreo continuo no se desplazara fácilmente.

Es de suponer que la fijación del bloque tuviera lugar primero en la base, sin duda porque se usaba de masas pesadas, difíciles de sostener a los lados o por la parte superior.

Pero cuando esto ocurrió, un progreso notable habíase operado ya en la humanidad. En efecto, cuando el hombre pudo hacer girar su puerta desde los lados, debió de ser porque pudo usar materiales menos pesados, y también más frágiles. Pues las finas y fuertes hojas de hierro no se le debieron ocurrir sino mucho más tarde. Esos materiales frágiles indicaban ya que se había llegado a un estado de respeto por lo ajeno, pues sin ello, el primitivo no habría encontrado obstáculo ninguno para derribar las puertas de un solo golpe de su hacha.

Llegados a este estado de progreso moral, ya el hombre habría descubierto también el recinto cerrado. El muro no sólo separaba ya un lugar de otro, ambos habitados igualmente por semejantes suyos, sino que el muro todo cerraba un lugar para sí mismo, para su familia o sus amigos. Ya era un primer paso hacia la intimidad. Una etapa más, tal vez de muchos milenios, habría de ser el muro cerrado contra extraños y cubierto en la parte superior contra las inclemencias del tiempo. Y miles de años más tarde, el hombre usaría un recinto para sí mismo, sin testigos. Cuando esto ocurrió fue porque el hombre ya ejercitaba su conciencia, se examinaba a sí mismo, había hecho el hallazgo de su yo.

Las Cerraduras

He aquí, pues, el hombre como un sér que ya sabe aislarse, que busca conscientemente la intimidad. Ha inventado los espacios

Sociología de Puertas, Cerraduras y Llaves

circuidos, pero ha inventado también las puertas. Con lo primero, podrá alejarse de sus semejantes. A través de las puertas podrá volver a ellos.

Pero este ir y venir, este alejamiento y aproximación respecto de sus prójimos ha de estar controlado por su voluntad. Con la sola puerta, el hombre cierra tras de sí el hueco abierto en el muro, pero queda a merced de los que deseen a su turno traspasar sus umbrales. Ya la puerta no es un simple bloque maciso que su usufructuario puede esconder a voluntad. El invento de hacerla giratoria y de girar precisamente sobre un lado, habrá hecho ostensible la puerta misma; los materiales con que está construída, ya no se confunden con el muro como una parte de él, sino que resaltan en él, por su liviandad, pero al mismo tiempo por su solidez.

Esta puerta así destacada en el muro, aunque está cerrada es una invitación para abrirla. Pero el dueño del lugar a que sirve de acceso, no querrá ciertamente que en su recinto entre cualquiera, que esté a merced del que guste abrirla. Debíó surgir entonces la cerradura: era menester que la puerta no diera acceso sino a su dueño.

Como históricamente el proceso va de la violencia a la habilidad, debíó ocurrir que la cerradura que el primitivo inventó no le sirviera más que para trancar la puerta desde el interior. Cuando el hombre penetraba en su morada ajustaba la puerta fuertemente; cuando salía, tenía que dejarla a merced de los que quisieran abrirla. Si esto fue así, sería ello el signo de que un valor humano tuvo su aparición muy anteriormente que el aprecio a la propiedad sobre los bienes exteriores. El hombre, al cerrar y asegurar su puerta desde el interior, defendía su yo, su intimidad, también su propio cuerpo. Al salir dejaba sus posesiones materiales al arbitrio de codiciosos usurpadores. He aquí cómo se comprueba por esta hilación del desarrollo de las humildes puertas y cerraduras, una tesis muy cara a la psicología y a la sociología de nuestro tiempo, es a saber, que primitivamente fue más importante para el hombre la propiedad de su propio cuerpo y de sus atributos espirituales, como sus cantos y sus narraciones, que la misma propiedad material sobre las cosas.

Es de presumir que en esta etapa de la evolución, también el hombre hubiera descubierto la manera de asegurar las puertas por fuera; pero estas cerraduras debieron ser simplemente unos pequeños instrumentos de habilidad, aptos para impedir que fueran abiertos por los niños, las bestias y los elementos, en ningún caso para el que el hombre consciente no pudiera removerlos. Ya por entonces la habilidad tenía una buena parte en los actos humanos. La sola fuerza no contaba; era necesaria la reflexión para obtener con disimulo lo que la violencia hacía con estrépito y escandalosamente.

Para defenderse de esta habilidad humana ya en pleno desarrollo, se inventaron las llaves.

CAYETANO BETANCUR

La Llave

Lo que caracteriza a la llave es su individualidad o particularidad. La existencia de la llave indica que la puerta no puede ser abierta por cualquiera persona. Cuando surge la llave, no basta estar enfrente de la puerta y empujarla. Tampoco basta remover la impedimenta de la simple cerradura, ofrecida a todos los que puedan tener un conocimiento de esa relación de medio a fin; la cerradura como hemos visto, impide abrir la puerta, pero está visible a todos, aquello en que el estorbo consiste y es como una invitación a removerlo para que se abra la puerta. En cambio, la llave implica un mecanismo secreto para todas las personas con excepción de aquellas que la poseen... Por eso, estar en posesión de la llave es tener el secreto de la apertura de la puerta. De ahí que en sentido figurado digamos que alguien tiene la llave o el secreto de un asunto o de un problema, para denotar que es el único para quien el problema o el asunto no es un secreto, siéndolo en cambio para todos los demás.

Por ser la llave el signo de un secreto, su descubrimiento es verdaderamente crucial en la historia humana. Más notable aún que el invento de la escalera o de la rueda y más noble que el descubrimiento del fuego, pues todo esto apenas obedece en principio a puras necesidades materiales. La llave implica que el espíritu toma posesión de la materia, que el secreto no es posible solamente en la intimidad de la conciencia, sino que puede tener expresión material permaneciendo secreto: La llave en esta forma, tiene la misma significación que la escritura o el lenguaje, sólo que en sentido contrario, pues mientras el lenguaje hablado o escrito sirve para hacer ostensible el espíritu, la llave oculta precisamente eso mismo en que el espíritu se ostenta, es decir, es como el secreto materializado.

Como toda cerradura, la llave es también un triunfo de la habilidad sobre la fuerza. Pero si la cerradura desafía la fuerza de los elementos y la fuerza inconsciente de los hombres, la llave es un reto no sólo a la fuerza, sino a la misma habilidad de los hombres. Es una astucia contra la astucia.

Ya con la sola cerradura se tiene, por medio de la habilidad, el dominio de la inercia de la materia. Pero la llave implica un paso más, pues que contrarresta a la vez esta inercia y el dominio que sobre ella puedan tener los demás hombres. La llave es eso: la llave o clave contra la resistencia de los cuerpos y la seguridad contra la argucia de los espíritus.

No es de la esencia de la llave el que consista en un instrumento material que se lleva consigo. Es muy de suponer, al contrario, que la llave primitiva fuera propiamente una clave, un dispositivo secreto; conocerlo era poseer la llave y con ello el poder de entrar o de salir. La llave como instrumento material debió pertenecer a un estadio posterior, pues en todo caso obedece a la necesidad de no tener que recordar cada vez la combinación de movimientos

Sociología de Puertas, Cerraduras y Llaves

para abrir la puerta, ya que la llave misma los lleva como grabados en su mismo ser.

La llave como instrumento, en oposición a la clave, es por tanto, más objetiva; no pertenece al saber y a la intimidad, sino que, por así decir, es un saber objetivado y hecho cosa. Decimos que "se está en la clave" para revelar esa pertenencia al yo del saber abrir o cerrar. En cambio, no usamos este mismo giro con la llave como instrumento. Por ser objetiva, la llave pertenece a las sociedades y no a las comunidades (Tönnies); implica un contrato: se hace la llave y se conviene con unas cuantas personas en qué ocasiones puede usarse de ella; aunque la llave en sentido lato es un paso hacia la comunidad desde la masa, la llave como instrumento es un producto civilizado de la sociedad; es un instrumento comunicable como todos los que caracterizan a la sociedad.

Es verdad que a la actual civilización industrial y monetaria, tipo perfecto de sociedad, va vinculada la caja de hierro de compleja combinación sin llave. Pero hay en esto un paso que no contradice, sino confirma dialécticamente lo dicho: la clave de la caja fuerte se explica por la necesidad de guardar muy seguramente los inmensos valores que nuestra época crematística hace consistir hoy en títulos y dinero efectivo. Mantener de esos recintos un instrumento llamado llave es exponerse a que en un momento de descuido caiga en manos de personas indignas de confianza. La clave, en cambio, por su misma complejidad es de suponer que no se comunicará a otro sino voluntariamente y si en un momento dado se olvida la combinación, el dueño de la caja puede recurrir a los fabricantes de ella, a quienes bastará consultar un índice para saber las posibles maneras de abrir la combinación vendida bajo el número tal del Kardex. Supone, pues, la combinación de las cajas fuertes todo un mecánico sistema de posibilidades, una organización internacional que lo conoce, una honradez típica del comercio mundial y del fabricante en gran escala, caracteres todos estos precisamente de los grupos llamados sociedades.

Existe la llave que sólo sirve para abrir y no para cerrar. Ella supone que la cerradura es en sí misma automática, que la puerta puede quedar cerrada sin que la llave intervenga. El uso de la llave implica una atención, una voluntad que en este caso es una voluntad de abrir, la cual ha de estar precisamente en quien posee la llave; en cambio, el cierre automático conduce a que la puerta pueda quedar cerrada no sólo cuando su dueño o guardián así lo desea, sino incluso mediante una acto mecánico, inconsciente, contra su voluntad y su querer. Pero esto importa menos peligro que el contrario de que la puerta pudiera abrirse automáticamente. Esta combinación de cierre sin llave y apertura por medio de la llave es, por eso, hija de las épocas que viven apresuradamente y quieren así confiar al automatismo y al mecanismo de los instrumentos el acto de cerrar, de modo que en esta forma no tenga que emplearse la atención para dejar siempre bien preservados los bienes que se poseen. Este estadio de

CAYETANO BETANCUR

las cerraduras es el de la gran urbe, cuyos habitantes poseen riquezas bastantes que vale la pena de guardar celosamente, pero para los cuales las complicaciones de la vida los lleva a evitar por ese medio el que, en un fatal acto de desatención, se dejen las puertas sin cerrar, dando paso así al primer transeúnte codicioso.

Por el contrario, que existan puertas que exijan de la llave para cerrar y no la precisen para abrir es algo también posible, a priori. Empero es difícil imaginar una situación humana, social y psicológica que requiera de una combinación de esta especie. Sólo un capricho podría poner en uso esta extraña clase de puertas y llaves.

Una llave que sólo sirviera para cerrar es igualmente inoficiosa. Aún más, contradice la esencia misma de la llave. Sería el instrumento macabro de un sepulturero en el antiguo Egipto, con su culto metafísico de las sepulturas.

De igual suerte, la llave no ha de ser sola para abrir. Supondría una puerta que no es puerta; una puerta eternamente cerrada, a la cual llega la llave que la abre de una vez para siempre. No corresponde tampoco a necesidad ninguna de orden humano y sólo puede tener un alcance simbólico en el orden religioso o poético: Las llaves del reino de los cielos que Cristo da a Pedro; las llaves con que se abren las cadenas de la esclavitud.

Debemos, pues, concebir la llave como algo que sirve para abrir y para cerrar o para una de estas dos operaciones, suponiendo que la otra se haga automáticamente. Y es que la llave es, en la vida humana, como tantas otras cosas, el signo de que el hombre nunca deja de mirar atrás, de que jamás sigue recto en su camino, volviendo siempre a desandar lo andado. La rueda lo mismo hace avanzar que retroceder, la escalera sirve tanto para subir como para bajar; así la llave. Son los más perfectos símbolos de todo lo vital, entre los instrumentos ideados por el hombre, y a los cuales sólo sobrepasa el elemento natural del calor, que lo mismo destruye que edifica. Y si avanzamos un paso más y vemos en esos utensilios fundamentales, la rueda, la llave y la escalera, justamente su servicio contrario y opuesto, comprenderemos que en la base de todo lo vital hay algo dialéctico, signo de la imperfección radical de la vida finita, como diría un teísta, o garantía de toda superación futura para los partidarios de una evolución universal.

Hasta aquí el estudio tiene un interés social y humano. Lo que falta es continuar estas combinaciones de llave para cerrar y para abrir, de llave y cerradura automática, de apertura interior o exterior, todo lo cual engendra un número de fórmulas matemáticamente determinables, de modo que en ellos queden agotadas todas las combinaciones posibles. Me atrevo a pensar que la técnica actual aún no ha echado mano de muchas de ellas que evidentemente obe-

Sociología de Puertas, Cerraduras y Llaves

decen a un fin práctico; desde luego a priori quedan otras completamente inútiles y absurdas.

Pero lo anterior nos conduce de nuevo a la reflexión que encabeza estas líneas: La humanidad no progresa lógicamente, porque toda lógica en cuanto lógica, es menos rica en posibilidades que el hombre mismo en su ir y venir siempre incesante, en la angustia de sus necesidades y en la alegría con que las remedia. Como se adivina, si desde un principio el hombre, en el tema que hemos descrito, se hubiese puesto a meditar previamente en el conjunto de posibles combinaciones que ante él tenía, con un simple esfuerzo lógico las habría descubiertas todas. Pero ello es contrario a la historia; ésta sería menos llena de acontecimientos si el hombre hubiera siempre procedido en esa forma.

Mas no sólo es el hombre más rico que la forma conceptual y lógica, sino toda realidad. Este es el grande escollo de la razón y del pensamiento; de ahí también especialmente, la desconfianza ante el método fenomenológico que no obstante el brillo de sus primeros años, ha poco produjo en su seno el cisma de los tres más grandes colaboradores de Husserl: Max Scheler, Nicolai Hartmann y Martin Heidegger. A todos ellos les resultó pobre la fenomenología e inhábil su método para alcanzar la realidad.

Nosotros quisimos hacer una a manera de fenomenología del conocimiento o de la experiencia de puertas, llaves y cerraduras. Pero confesamos que se nos frustró el propósito, pues nuestro estudio estaba resultando ridículo. Optamos entonces por una aplicación de nuestras conclusiones a lo que tenía verdadero interés humano. Pero ello mismo nos hizo ver claro el valor altísimo de toda investigación fenomenológica, como método previo antes de llegar a la realidad. La realidad y no sólo ésta, sino todo objeto, aún el ideal (el número cinco, p. ej.), como ha visto muy bien Hartmann, es algo inagotable y su proceso de conocimiento es práctica y teóricamente infinito. Pero siendo incapaces de intuición significativa de lo objetivo en su totalidad, es menester aceptar el paso gradual que nos acerca a ello por aspectos, en puntos de vista que luego se reúnen para dar lugar a su vez a un nuevo aspecto, y así indefinidamente.

El signo que preside el pensamiento moderno es el idealismo alemán. Frente al venerable y vetusto realismo clásico, cuyo más claro representante es el intelectualismo aristotélico, la filosofía a partir del Renacimiento es toda idealista, aún aquella que conscientemente se nombra de modo contrario.

Con esto queremos decir que si bien no es de reprochar al idealismo el que no llegue a la realidad, puesto que lo rehusa **ab-initio**, en cambio, sí es futil pretender ser realistas integrales en la hora actual. Nuestra posición es la de un asedio constante a la realidad mediante el pensamiento que se le acerca en un punto y la abandona

CAYETANO BETANCUR

de otro. El realismo sano de hoy en día implica una ronda continua, una incesante vigilancia en torno de lo real, aunque con melancolía sepamos de antemano, que es una fortaleza que nunca ha de rendirse.

(Especial para **UNIVERSIDAD CATOLICA BOLIVARIANA**)

